

MOVIMIENTO OBRERO Y LUCHA ANTICOLONIAL EN CUBA DESPUÉS DE LA ABOLICIÓN DE LA ESCLAVITUD¹

Joan Casanovas Codina

Casi todos los historiadores que han analizado la relación entre el movimiento obrero y el independentismo cubanos de fines del siglo XIX señalan que el reformismo obrero y el anarquismo alejaron al movimiento obrero de la lucha anticolonial². Desde los orígenes del movimiento obrero cubano a mediados de siglo XIX, hasta los años 1880, los líderes fueron mayoritariamente reformistas republicanos que aceptaban el dominio colonial español. El autoritarismo colonial imperante en Cuba determinó que el obrerismo separatista sólo se pudiese desarrollar en las comunidades de trabajadores cubanos que surgieron en los EE.UU. durante la Guerra de los Diez Años (1868-1878). Después de la guerra, en los años 1880, el anarquismo se convirtió en la ideología principal del obrerismo cubano. Los historiadores tradicionales sostienen que el arraigo del anarquismo en Cuba se debió exclusivamente a la llegada de anarquistas españoles, los cuales continuaron la labor de impedir que el separatismo ganase fuerza entre los obreros cubanos. Dentro de esta visión, el viraje del obrero hacia el separatismo a inicios de los años 1890 fue determinado únicamente por el gran poder de convocatoria de José Martí.

1. Agradezco a Temma Kaplan, Clara E. Lida y Barbara Weinstein, el haber debatido conmigo muchas de las ideas que expongo en este artículo, y a Magdalena G. Chocano Mena que, además, ha revisado este texto. Sus sugerencias y comentarios me han sido de gran ayuda.

2. Véase por ejemplo los siguientes trabajos: José Cantón Navarro, *Algunas ideas de José Martí en relación con la clase obrera y el socialismo* (La Habana: Editora Política, 1980); Paul Estrade, *José Martí militante y estratega* (La Habana: CC.SS., 1983); Centro de Estudios Martianos (ed.), *José Martí antimperialista* (La Habana: CC.SS., 1984); Peter Turton, *José Martí, architect of Cuba's freedom* (London: Zed Books, 1986); y C. Neale Ronning, *José Martí and the Emigré Colony in Key West: Leadership and State Formation* (Westport, New York: Praeger [CT - London], 1990).

Esta historiografía considera que el sector popular urbano fue un receptor pasivo de las diversas corrientes ideológicas (reformismo, anarquismo, separatismo) e incapaz de percibir la necesidad de la lucha anticolonial. Esta perspectiva se inscribe dentro de la historiografía tradicional del movimiento obrero latino-americano, la cual insiste en que la clase obrera, sobretudo en el siglo XIX, no tiene empuje propio, y que sólo influencias sociales y materiales externas la pueden hacer consciente de sí misma y de sus intereses, y la pueden hacer progresar³.

Sin embargo es importante examinar los mecanismos que las clases populares desarrollan internamente para mejorar sus condiciones de vida y para transformar la sociedad. Según mi punto de vista, mientras el reformismo colonial de los años 1880 avanzó, el movimiento obrero se mantuvo distante del separatismo para poder seguir creciendo y tomando fuerza. Los gobiernos de la Restauración impulsaron reformas que modificaron radicalmente la política cubana. Con la paz del Zanjón en 1878, después de diez años de guerra, se permitió la fundación de dos grandes partidos políticos, se aflojó la censura de prensa hasta casi eliminarla unos años más tarde, y se toleró que el movimiento obrero actuase abiertamente. En 1886, la abolición de la esclavitud permitió que el proceso de reformas y la vida política se acelerasen. En los tres años que siguieron a la abolición, el movimiento obrero experimentó un crecimiento espectacular.

Este proceso expansivo se vio frenado súbitamente cuando, a partir de 1890, la administración española viró hacia una política colonial reaccionaria. Al fracasar el reformismo colonial de los años 1880, un sector mayoritario del movimiento obrero comprendió que era necesario eliminar el dominio español para poder seguir transformando las condiciones de vida del sector popular. Hasta entonces, el movimiento obrero había luchado contra las mil y una arbitrariedades de la administración española, pero la esperanza de que el proceso de reforma colonial continuase, lo mantuvieron alejado de un movimiento separatista que, mayoritariamente, aún se mostraba poco receptivo a los intereses del sector popular. Como resultado de este giro, el movimiento obrero abrió la posibilidad de colaborar con el ala izquierda del separatismo cubano liderada por José Martí.

El fin de la esclavitud y el crecimiento del movimiento obrero⁴

Al iniciar esta investigación me preguntaba ¿cuáles fueron las repercusiones de la abolición de la esclavitud en el movimiento obrero cubano? Las pocas refe-

3. Véanse, por ejemplo, los trabajos de Carlos M. Rama, *Historia del movimiento obrero y social latinoamericano contemporáneo* (Buenos Aires, Montevideo: Palestra, 1967); Hobart A. Spalding Jr., *Organized Labor in Latin America: historical case studies of workers in recent societies* (New York: New York University Press, 1977); Julio Godio, *Historia del movimiento obrero latinoamericano / 1: Anarquistas y socialistas. 1850-1918* (San José, Costa Rica: Nueva Sociedad, 1987); Pablo González Casanova, coord., *Historia del movimiento obrero en América Latina* (4 vols.; México: Siglo XXI, 1984); y Melgar Bao, *El movimiento obrero latino-americano* (Madrid: Alianza Ed., 1988).

4. A partir de aquí sólo he utilizado notas a pie de página para indicar la fuente de los textos citados. Para ver con más detalle las fuentes utilizadas para documentar la evolución del movimiento

rencias bibliográficas que encontré sobre el tema afirmaban que su efecto fue prácticamente nulo, ya que al terminar la Guerra de los Diez Años en 1878 casi no quedaban esclavos urbanos⁵. Sin embargo, es interesante observar que las mayores movilizaciones obreras de la Cuba del XIX se produjeron poco después de la abolición de la esclavitud en 1886. El motivo de este hecho es claro. La esclavitud había sido la pieza clave de la política colonial española hasta entonces. El temor a una revuelta esclava como la de Haití, llevó a un sector importante de la burguesía criolla a apoyar tácitamente el dominio español. Por otro lado, España utilizaba la existencia de la esclavitud para justificar que Cuba siguiese siendo gobernada por «leyes especiales», las cuales perpetuaban el viejo orden colonial que permitía a los peninsulares⁶ ricos, es decir a los miembros del Partido Español, seguir ocupando una posición de privilegio en todas las esferas. Por lo tanto, la abolición de la esclavitud llevó a las fuerzas políticas de la isla, incluido el movimiento obrero, a pedir más reformas, algunas de las cuales el gobierno liberal de Madrid aprobó. Poco después de la abolición, el ministro de Ultramar de entonces, Víctor Balaguer, eliminó la censura previa, extendió a Cuba y Puerto Rico la ley de asociación vigente en la Península, y prometió extender a las dos colonias antillanas la ley de sufragio universal una vez se aprobase para la Península.

Esta atmósfera reformista ayudó al movimiento obrero —por aquel entonces ya mayoritariamente anarquista— a crecer y a ganar fuerza dentro de la vida política de la colonia. Dos organizaciones jugaron un papel clave en esta evolución: el Círculo de Trabajadores de La Habana, y la Junta Central de Artesanos de La Habana (JCA). El Círculo, establecido en 1885, era la continuación de asociaciones fundadas durante la Guerra de los Diez Años. Allí se reunían muchas de las asociaciones obreras de La Habana⁷, y se impulsaban escuelas laicas para niños y adultos. La JCA se fundó a inicios de los años 1880 para coordinar las asociaciones obreras de la ciudad, pero sus fundadores pretendían convertirla en una asociación parecida a la Federación de Trabajadores de la Región Española (FTRE) para coordinar las asociaciones obreras de toda la isla. Pese a las restricciones de las autoridades coloniales, desde el primer momento estas dos asociaciones influyeron en el movimiento obrero de toda la isla, aunque su principal radio de acción fue el occidente cubano.

Poco después de la aprobación de la ley de asociación para la Península, en una reunión en el Círculo, representantes de diecisiete sindicatos establecieron una comisión representativa de la mayoría de asociaciones obreras de la ciudad para elaborar un «cuerpo de doctrina [...] bajo el cual caminemos todos»⁸. La JCA llamó

cubano en estos años, consúltese mi tesis doctoral *Labor and Colonialism in Cuba in the Second Half of the Nineteenth Century* (Michigan: University Microfilms International, 1995), caps. 8 y 9.

5. Véase por ejemplo José Rivero Muñoz, *Tabaco: su historia en Cuba* (2 vols.; La Habana: Instituto de Historia, 1964), vol. II, p. 308.

6. «Peninsulares» eran todos los inmigrantes españoles en Cuba, los canarios incluidos.

7. Me refiero a las siguientes asociaciones: El Casino Nacional (1873-1874), El Recreo de Obreros (1876-1879), y El Centro de Artesanos (1879-1884).

8. Carta de La Habana, probablemente de Enrique Roig San Martín, a los editores de *El Productor* de Barcelona, 4-VII-1887, publicada en *El Productor* (Barcelona) (29-VII-1887), p. 3.

a estas reuniones una «especie de congreso obrero», cuyo propósito era crear la anhelada «Federación de Trabajadores de la Región Cubana» a semejanza de la FTRE⁹. Para propagandizar el congreso, el Círculo y la JCA crearon un semanario, *El Productor*, el cual mantuvo vínculos muy estrechos con su homónimo de Barcelona hasta su cierre cinco años más tarde. Como era de esperar, después de dos meses de reuniones, este primer congreso obrero acordó que la Federación Cubana se basaría en la Federación Española. A la vez que impulsaba el Congreso Obrero, el Círculo inició una campaña de apoyo a los Mártires de Chicago. La buena acogida popular que tuvo esta campaña fortaleció la posición de liderazgo que los anarquistas ocupaban dentro del movimiento obrero. El Comité de Auxilio cubano recogió gran cantidad de dinero donado por todo tipo de asociaciones obreras, y hasta logias masónicas, situadas a lo largo de toda la isla exceptuando Oriente. Además de dinero, tres días antes de la ejecución en Chicago, el comité cubano reunió dos mil personas en un teatro de La Habana para pedir clemencia al gobernador de Illinois. Ningún otro acto de propaganda obrera en Cuba había alcanzado las proporciones de este mitin.

El empuje que iba tomando el movimiento obrero bajo el liderazgo anarquista llamó la atención de todas las fuerzas políticas de la isla, las cuales comenzaron a buscar formas de atraerse el apoyo tácito del movimiento obrero. Atenta a esta evolución, la JCA evaluó que mientras el movimiento obrero fuese una fuerza social independiente basada en la solidaridad de clase, su peso dentro de la política cubana aumentaría:

de la manera en que estamos, no hay nadie [...] que nos juzgue dignos de tomar parte en la resolución del más insignificante problema que haya de resolverse en el país [es decir Cuba]: mientras que si [...] pensáramos en organizarnos como clase [...], tanto los gobiernos como los partidos de la oposición, al tomar sus resoluciones habían de pensar en nosotros, unas veces con interés y otras con temor, si la medida nos había de perjudicar¹⁰.

Declaraciones como ésta parecen indicar que la JCA se limitaba a acrecentar la influencia del movimiento obrero en la política local y metropolitana; sin embargo, el objetivo de la JCA era preparar al «pueblo» para llevar a cabo una «revolución social» basada en el programa anarco-colectivista de la FTRE.

Las manifestaciones populares ilegales para destituir al capitán general Sabas Marín que ocurrieron a fines de agosto de 1887, ilustran bien la complejidad política en que actuaba el movimiento obrero después de la abolición. Las manifestaciones fueron una respuesta a la decisión de Balaguer, el ministro de Ultramar, de no dejar que el general Manuel Salamanca tomase posesión del gobierno de la isla porque éste, al ser nombrado, había declarado que acabaría con la corrupción en Cuba, cayese quién cayese en Cuba o en Madrid. Sin duda, Balaguer debió temer que las investigaciones lo implicasen y prefirió que Marín siguiera en el cargo, pero

9. «Reunión trascendental», *El Productor* (La Habana) (a partir de aquí citado como a *E.P.H.*) (12-VII-1887), p. 2.

10. «Reunión trascendental», *E.P.H.* (12-VII-1887), p. 2.

para aparentar que él también luchaba contra la corrupción, ordenó a Marín que ocupara militarmente las aduanas, ya que eran un blanco fácil: no estaban a cargo del estado y la mayoría del comercio cubano se hacía de contrabando. Tal como Balaguer había previsto, la medida forzó a las corporaciones de la burguesía insular a rogarle que no cobrase las deudas atrasadas por exportaciones de contrabando. Paralelamente, el Partido Español y algunos antiguos líderes obreros reformistas organizaron una manifestación que culminó con la entrega de una petición de dimisión al general Marín, en que no se especificaba nada sobre la venida de Salamanca, a quien probablemente tampoco deseaban por capitán general.

En cambio, lo que Balaguer no previó fue la enérgica reacción popular a sus medidas. La agitación creada por la toma de la aduana y la manifestación integrista propiciaron que la gente se lanzase a la calle para pedir la venida de Salamanca, cuya promesa de luchar contra la corrupción había extendido rápidamente su popularidad por toda la isla. Durante tres noches seguidas, peninsulares de clase baja, trabajadores criollos, y trabajadores no-blancos se manifestaron en el centro de La Habana con gritos de «¡Abajo los ladrones!», «¡Que venga Salamanca!», «¡Fuera Balaguer!». Un hecho a subrayar es que las fuerzas armadas no pudieron cargar contra los manifestantes, ya que entre ellos había mucha tropa del cuerpo de Voluntarios¹¹, que desobedeciendo las órdenes de sus superiores de retirarse lanzaron gritos de «¡A las armas!» cada vez que las fuerzas armadas regulares intentaban cargar. El hecho de que todos los Voluntarios guardasen su armamento reglamentario en casa daba verosimilitud a estas llamadas.

La gente del Círculo siguió atentamente los alborotos. Su órgano de expresión, *El Productor*, atacó duramente a los antiguos líderes obreros reformistas que participaron en la manifestación integrista para protestar contra la ocupación de la aduana, y a la vez justificó la participación popular en las manifestaciones que vinieron después. *El Productor* incluso reconoció el papel estratégico que jugaban los Voluntarios a la hora de disuadir la fuerza pública de cargar contra los manifestantes. De todas formas, para evitar problemas, *El Productor* declaró que ningún sindicato como tal había participado en las protestas. A partir de entonces, tanto la prensa anarquista como la republicana no cesaron de pedir la venida de Salamanca, especialmente en momentos en que Marín abusaba más descaradamente de su poder. Por ejemplo, el editor de *El Productor* señalaba que los obreros del tabaco deberían informar a Salamanca de que Marín permitía el *lock out* de los empresarios tabacaleros, pero prohibía las huelgas. Finalmente, cuando Salamanca tomó posesión del cargo en 1890, *El Productor* apeló varias veces al «genial y adusto general Salamanca» para solucionar cosas como las malas condiciones de vida en las cárceles¹². Proclamas de este tipo motivaron críticas al anarquismo cubano de parte de periódicos anarquistas metropolitanos como *Tierra y Libertad* de Barcelo-

11. El cuerpo de Voluntarios era una fuerza irregular que el Partido Español fundó a mediados de siglo XIX para sostener el *statu quo* colonial. Los mandos eran peninsulares ricos, mientras que la tropa estaba compuesta mayoritariamente por peninsulares pobres.

12. Nota en *E.P.H.* (2-II-1890), p. 4.

na. La réplica de *El Productor* de La Habana, al igual que muchos de sus artículos, enfatizó que los problemas del sector popular cubano requerían soluciones adaptadas a una identidad social diferente y al problema del colonialismo: «Estamos de acuerdo, en cuanto a los principios, pero ¡ah colega! media entre nosotros una distancia de 1500 leguas, y ya comprenderéis que si Cuba no es Barcelona, de algunos medios hemos de valernos para poder propagar las ideas que nos alien-tan»¹³.

Además de las manifestaciones anti-integristas, las victorias obreras en las huelgas de 1887 a 1890 mostraron la fuerza creciente de los trabajadores de las ciudades de Occidente. Durante estos años, aparte del reformismo metropolitano, el crecimiento de las exportaciones de puros y cigarrillos ayudaron a que los trabajadores del ramo del tabaco (el colectivo de trabajadores urbanos más numeroso de Cuba) ganasen huelgas de proporciones nunca vistas en Cuba. Desde esta posición de fuerza, los trabajadores tabacaleros llevaron el movimiento obrero a un nuevo plano. Inicialmente, la mayoría de huelgas fueron en las fábricas de tabaco de La Habana y poblaciones circundantes, pero poco a poco, trabajadores de otros sectores productivos y de otras provincias se unieron a esta explosión de activismo obrero. Además de las tradicionales demandas de aumento de salario, en esta nueva fase, el movimiento obrero luchó con éxito en contra de los métodos residuales de la época de la esclavitud para disciplinar la fuerza laboral, tales como la discriminación en contra de los trabajadores no-blancos y el maltrato físico de aprendices y dependientes. Respecto a la dignidad y la cultura de la clase trabajadora, el movimiento obrero combatió la censura que los fabricantes procuraban ejercer sobre la «lectura» en los talleres de tabaco¹⁴, y la falta de consideración con que capataces y fabricantes trataban a sus subordinados. Durante esta nueva fase, los anarquistas ganaron un grado de influencia sin precedentes dentro del movimiento obrero, tanto en Cuba como en las comunidades de trabajadores cubanos emigrados en los EE.UU.

Una primera ola de huelgas en las fábricas de tabaco estalló en el otoño de 1887. Esta era la mejor época para lanzarse a la huelga, ya que era cuando había más demanda de fuerza de trabajo en el sector. Todo empezó con una huelga en la fábrica La Belinda para pedir que se respetase la «dignidad obrera» después de que un obrero y un dependiente fuesen maltratados por el propietario, algo que los huelguistas asociaban con la época de la esclavitud. La respuesta de la corporación de fabricantes de tabaco (conocida por Unión de Fabricantes de Tabaco de La Habana, UFT) fue hacer circular una lista negra de los huelguistas para que no pudiesen ser contratados en ninguna otra fábrica. El contra-ataque obrero fue hacer huelga en todos los talleres en donde se ponía en marcha la lista negra. Finalmente,

13. Nota a *E.P.H.* (22-XI-1888), p. 4.

14. La «lectura» fue una institución cultural de mucha significación entre los tabaqueros cubanos. Consistía en que durante buena parte de la jornada laboral, un trabajador leía periódicos y novelas mientras sus compañeros torcían hojas de tabaco. La figura del «lector» se estableció en los años 1860 en La Habana, y eran los trabajadores de cada taller los que hacían una colecta para pagarle. Muchas de las luchas obreras en el ramo del tabaco del siglo XIX y primer tercio del XX se produjeron para evitar que los empresarios censurasen o eliminaran la lectura.

los fabricantes decretaron el *lock out* general en toda La Habana. Después de dos semanas, esta primera ola de huelgas acabó con una victoria obrera. En cada fábrica, una comisión obrera negoció con el gerente la reapertura, de manera que los trabajadores siguieron sin reconocer la autoridad de la UFT para dirimir conflictos laborales.

Animados por esta primera victoria, la propaganda del congreso, y la campaña en favor de los Mártires de Chicago, los trabajadores se lanzaron de nuevo a la huelga a mediados de noviembre en varias de las fábricas de tabaco más grandes para defender la «dignidad obrera». Los tabaqueros¹⁵ no querían que los capataces pudiesen entrar a todas horas en las salas donde trabajaban, y los escogedores¹⁶ querían restringir el número de aprendices de oficio en las fábricas. La efectividad de la huelga dejó estupefacta a la UFT, la cual se manifestó sorprendida de que «habiendo en la Habana de cuatro a cinco mil obreros sin trabajo», ninguno de ellos buscase empleo en las fábricas en huelga¹⁷. Al igual que lo que había pasado con una huelga muy larga en 1886, la UFT necesitó cierto tiempo para reaccionar. A finales de noviembre, la UFT acordó multar a cualquier miembro de la corporación que no acatase el *lock out*, por lo que éste se extendió hasta dejar sin trabajo a más de 14.000 obreros en La Habana y poblaciones circundantes. La UFT especificó que lo que combatía no era el aumento de salarios, sino la propagación del «socialismo y la anarquía», ideas que se oponían a la «historia, costumbres y carácter, así como la constitución verdaderamente democrática de esta sociedad». La UFT estaba especialmente alarmada por los intentos de implantar en Cuba una federación obrera de signo colectivista parecida a la FTRE¹⁸.

Desde el primer momento varias comisiones de trabajadores solicitaron al General Marín que rompiera el *lock out*. Aunque Marín sabía que un *lock out* era tan ilegal como cualquier huelga, lo toleró más de tres semanas. Para justificar su inacción, Marín escribió a Balaguer que «los operarios [...], maleados por las ideas socialistas y anárquicas y en relación con el Congreso federativo de España [FTRE], tratan de imponerse al capital»¹⁹. Desesperado, Marín intentó sin éxito que un jurado mixto compuesto por comisiones de trabajadores y la UFT negociase el fin del conflicto. Fue entonces que los trabajadores amenazaron con recurrir a la violencia si Marín no rompía el *lock out*. Además, el movimiento obrero empezó a acercarse al ala izquierda del Partido Liberal de Cuba (PLC, informalmente conocido como el «Partido Autonomista», fundado en 1878 para defender los intereses de la élite criolla), lo que era una manera indirecta de amenazar al gobierno colonial con una posible aproximación al movimiento separatista. El alargamiento del con-

15. El oficio de tabaquero consiste en torcer y combinar las hojas de tabaco hasta producir un puro con el aroma, combustión y aspecto deseados.

16. El oficio de escogedor consiste en seleccionar los puros según color y aroma para después envasarlos.

17. [Roig] «Los fabricantes en huelga», *E.P.H.* (1-XII-1887), p. 1.

18. Manifiesto firmado por Leopoldo Carvajal en calidad de presidente de la UFT en 7-XII-1887, titulado «La Unión de los Fabricantes de Tabacos a las autoridades y al público» ([Habana]: Imp. La Tipografía [XII-1887]).

19. Revista decenal de Marín a Balaguer, 25-XII-1887, leg. 4887, Ultramar, AHN.

flicto y estas amenazas, compelieron a Marín a romper el *lock out* en contra de su voluntad. El resultado fue que por segunda vez consecutiva en tres meses, en cada fábrica una comisión obrera negoció con el gerente la reapertura. Por lo tanto, los trabajadores consiguieron dos cosas: que el gobierno colonial rompiese el *lock out*, y seguir sin reconocer la autoridad de la UFT.

La capacidad de movilización que el movimiento obrero estaba adquiriendo no pasó desapercibida a líderes separatistas residentes en los EE.UU como José Martí. Inicialmente, Martí estuvo de acuerdo con la sentencia de muerte que recibieron los anarquistas de Chicago. Sin embargo, en setiembre de 1887, Martí cambió de opinión súbitamente y manifestó que los anarquistas de Chicago eran inocentes. Asimismo cesó de culpar a la inmigrantes europeos por la radicalización del movimiento obrero norteamericano²⁰. Es muy probable que la aproximación de Martí al obrerismo radical fuese motivada por la fuerza que estaba adquiriendo el movimiento obrero cubano. A partir de entonces, Martí intentó fortalecer y transformar el movimiento separatista incorporando al movimiento obrero. Esto se convirtió en un aspecto fundamental de su programa. El fracaso de las expediciones filibusteras de principios de los años 1880, lo llevaron a considerar que sin apoyo suficiente dentro de la isla, era un error seguir intentando nuevos alzamientos armados en contra del dominio español. El movimiento obrero, por lo tanto, podía contribuir mucho a preparar el terreno dentro de la isla.

A partir de 1887, Martí se lanzó a promover una alianza interclasista de la que surgiese una sociedad armónica una vez Cuba fuese independiente. Martí insistió siempre en la necesidad de evitar la confrontación entre clases sociales, pero a diferencia de la mayoría de líderes separatistas, aceptó algunas de las críticas sociales del movimiento obrero de signo anarquista, y no se opuso a que los obreros tuvieran sus propias asociaciones. Sin embargo, hasta inicios de los años 1890, el programa martiano no tuvo mucho peso dentro del movimiento separatista. Los exiliados cubanos ricos y los viejos líderes separatistas desconfiaban del populismo martiano, mientras que los trabajadores cubanos emigrados a los EE.UU. seguían distanciándose de un movimiento separatista que no atendía sus demandas. Además, pese a que el anhelo por una Cuba independiente seguía siendo popular, es probable que el reformismo colonial español desalentase a bastantes trabajadores cubanos, de dentro y fuera de la isla, de dar apoyo al movimiento separatista.

A pesar de que la historiografía tradicional del nacionalismo cubano transmite la imagen de que Martí elaboró su populismo anticolonial en los EE.UU. al margen de lo que pasaba dentro de la isla, se debe tomar en cuenta que Martí recibía constantemente informes de gente que estaba en Cuba o que acababa de salir de la isla. Por ejemplo, algunos miembros del ala izquierda del PLC estaban en contacto con los separatistas. Por otro lado, las comunidades de trabajadores cubanos en los EE.UU. de los años 1880, ya no eran comunidades compuestas solamente por exiliados. Desde el fin de la Guerra de los Diez Años, los trabajadores cubanos emigrados viajaban frecuentemente a Cuba, mientras que los trabajadores de

20. Turton, *José Martí...*, pp. 115-16.

dentro de la isla cada vez más emigraban a los EE.UU. Por último, Nueva York, ciudad en que residió Martí de 1880 a 1895, era un gran emporio por donde transitaban multitud de comerciantes, políticos, intelectuales y trabajadores procedentes de Cuba o España, lo que permitió a Martí estar en contacto permanente con gente que conocía bien lo que pasaba en la isla.

Pero regresemos a Cuba. Las victorias obreras de 1887 alentaron la sindicalización de muchos trabajadores de todos los ramos, y el establecimiento de asociaciones parecidas al Círculo en toda la isla, la región de Oriente incluida. Incluso trabajadores sin calificación como los letrineros se sindicalizaron. En La Habana, el éxito de la huelga de 1887 alentó a los trabajadores tabacaleros a establecer un nuevo sindicato, la Alianza Obrera, que antes de un año ya tenía algunas sucursales en varias poblaciones de Occidente. La Alianza era una expresión perfecta del modelo de sindicato anarco-colectivista y su objetivo era impulsar la anhelada Federación de Trabajadores de la Región Cubana.

La fundación de la Alianza no sólo representaba que el sindicalismo se expandía, sino también que la fuerza política del movimiento obrero crecía. Por esto, poco después de su fundación, los principales partidos políticos de Cuba empezaron a interesarse en el movimiento obrero. En este juego político, el movimiento obrero advirtió que su posición negociadora se fortalecía. Por ejemplo, desde que surgió la disidencia «izquierdista» en el seno del Partido de Unión Constitucional (UC, partido que desde 1878 defendía los intereses del Partido Español), ésta buscó obtener el apoyo del movimiento obrero²¹. Tradicionalmente, el movimiento obrero se había acercado al republicanismo, pero pronto descubrió que si se aproximaba a otras fuerzas políticas como el autonomismo, el «izquierdismo», o incluso el separatismo, éstas estaban dispuestas a reconocer algunas de sus demandas para atraerse su apoyo. Por otro lado, como ya había demostrado la experiencia del obrerismo reformista y republicano a inicios de los años 1880, participar formalmente en un partido político no llevaba a ninguna parte. Las elecciones en Cuba eran tan corruptas, y la administración colonial restringía tanto el voto, que los republicanos, pese a tener el apoyo tácito del movimiento obrero, nunca ganaron ni un solo representante local, ni un escaño en las Cortes. Incluso los autonomistas, a pesar de ser más conservadores y de representar a la élite criolla, a duras penas consiguieron unos pocos escaños en las Cortes.

En segundo lugar, los líderes obreros se dieron cuenta de que no vincularse a ningún partido en concreto permitía incorporar al movimiento obrero trabajadores con simpatías políticas muy diferentes. Tal y como un líder anarquista que era peninsular y Voluntario declaró: «Soy enemigo político del integrista y del separatista, por ser más radical en mis aspiraciones que ellos: pero estrecho la mano de unos y de otros, dentro de la proyectada sociedad de resistencia»²². Tal vez fue esta fle-

21. Los «izquierdistas» eran el mismo sector reformista de la UC que en 1884 intentó defender, junto con algunos autonomistas y republicanos, los intereses de la burguesía insular en una agrupación conocida como la Junta Magna, la cual inició el Movimiento Económico, fuerza política que resurgió con fuerza en 1890, y que en 1893 fundó el Partido Reformista.

22. Discurso de Eduardo González, en «Congreso obrero,» *La Lucha* (19-I-1892).

xibilidad hacia otras fuerzas políticas y hacia los trabajadores con simpatías políticas distintas, lo que llevó a los intelectuales de la clase popular del XIX cubano a aceptar mayoritariamente el anarquismo, a pesar de que conocían los principios de los partidos marxistas de la metrópoli y de algunos países europeos. Esto refuerza la percepción de que la influencia de la inmigración peninsular es insuficiente para explicar el arraigo del anarquismo en Cuba.

La gran huelga de tabaqueros ocurrida en otoño de 1888 confirmó que el movimiento obrero de liderazgo anarquista ganaba fuerza. Todo empezó con una demanda de aumento de salario en algunas fábricas. A partir de aquí, el ciclo fue parecido a la huelga de otoño de 1887, pero la de 1888 fue mucho más allá. A pesar de las prohibiciones del general Marín, el comité de ayuda de los huelguistas recogió dinero por todas las poblaciones de la isla, exceptuando las de Oriente, así como en las comunidades de trabajadores cubanos que residían en el sur de la Florida, concretamente en Cayo Hueso y en Tampa²³. Buena parte de este dinero sirvió para pagar el pasaje al Cayo y a Tampa a muchas de las familias afectadas por el *lock out*. Finalmente, el conflicto acabó a principios de octubre con una nueva victoria obrera. El jurado mixto promovido por Marín no sirvió de nada, y los trabajadores siguieron sin reconocer la UFT. Por otro lado, quedó claro que los antiguos líderes obreros de tendencia reformista sólo podían reclutar a una pequeña parte de los trabajadores para establecer un sindicato amarillo llamado Unión Obrera.

Acabada la huelga, con 3.000 afiliados y muchos miles más de seguidores, la Alianza pasó a ser el principal sindicato de Cuba. Al cabo de unos pocos meses ya tenía 5.000 afiliados. La Alianza fue el primer sindicato cubano inicialmente liderado por blancos que incorporó un grupo significativo de negros o mulatos. A partir de entonces, la lucha contra la discriminación racial adquirió tanta importancia, que una de las demandas obreras que desencadenó el siguiente enfrentamiento con la UFT en otoño de 1889 fue, «que para el ingreso de operarios en la fábrica no se establezcan distingos de razas, que tanto al blanco como al de color se le admita»²⁴. Pero tal vez, la consecuencia más importante de la huelga de 1888 fue que la Alianza extendió su área de influencia a las comunidades de trabajadores cubanos en los EE.UU., principalmente a Cayo Hueso y Tampa. Los trabajadores cubanos de estas poblaciones recogieron fondos para la huelga y ayudaron a los obreros que huían a resistir el *lock out*. Después de la huelga, algunos líderes del Círculo viajaron al Cayo y a Tampa para impulsar el establecimiento de sindicatos como la Federación Local de Tabaqueros del Cayo, el cual se vinculó a la Alianza desde el principio. Aunque la aspiración por una Cuba independiente siguió siendo popular, la fundación de sindicatos como la Federación culminó un proceso de distanciamiento entre los trabajadores cubanos en los EE.UU. y el movimiento separatista.

23. Cayo Hueso es un isleta situada en el extremo sur de la Florida, en donde se concentraban la mayoría de obreros cubanos emigrados. En inglés, Cayo Hueso es conocido con el nombre de Key West. Tampa, en cambio esta situada en el suroeste de la Florida.

24. «Huelga de tabaqueros», *La Lucha* (23-X-1889).

La política colonial de Salamanca a Polavieja y la apertura del movimiento obrero al separatismo

Cuando finalmente Salamanca relevó a Marín en el gobierno de la isla a comienzos de 1889, el movimiento obrero lo celebró. Los objetivos de Salamanca eran semejantes a los de sus predecesores: suprimir el movimiento separatista y mantener al Partido Español unido. Sin embargo, a diferencia de sus predecesores, Salamanca toleró inicialmente que el movimiento obrero siguiera desarrollándose en los centros urbanos, sobre todo en Occidente, pero no en las zonas rurales, por entonces fuertemente militarizadas debido al crecimiento del bandolerismo²⁵. Además, tal como anunció en 1887, luchó enérgicamente contra la corrupción.

Alarmada por el crecimiento de la Alianza, durante la primavera de 1889, la UFT buscó ganar el terreno perdido en las huelgas de 1887 y 1888 recurriendo a una vieja táctica: el despido trabajadores con la excusa de que había escasez de tabaco en rama. Era fácil para los fabricantes generar escasez de hoja artificialmente porque casi todos ellos eran también grandes comerciantes de tabaco en rama. La respuesta del Círculo fue semejante a cuando había *lock out*: pagar pasajes hacia el Cayo y Tampa a trabajadores en paro y a sus familias. Al igual que en huelgas anteriores, las asociaciones obreras de los cubanos residentes en EE.UU. ayudaron a la gente del Círculo. Finalmente, esta lucha sorda acabó a mediados de verano con la llegada a La Habana de más tabaco en rama. Fue durante este conflicto laboral que murió, enfermo tras su encarcelamiento, el principal ideólogo y propagandista del primer anarquismo cubano, Enrique Roig San Martín. Su popularidad era tan grande, que alrededor de 10.000 personas acudieron al Círculo a rendirle homenaje póstumo, y más de 4.000 personas acompañaron su cortejo fúnebre por las calles de La Habana.

Como era ya habitual, con la llegada del otoño se produjeron nuevas huelgas en el ramo del tabaco. Sin embargo, en 1889, éstas empezaron en el Cayo, donde los trabajadores se lanzaron a la huelga alentados por los éxitos en los dos años anteriores de los trabajadores tabacaleros en Cuba. La reacción de los fabricantes fue el *lock out*, y la solución de los obreros emigrar a Cuba temporalmente gracias al dinero y la ayuda de las asociaciones de la isla. Los fabricantes del Cayo hasta crearon un comité de *Vigilantes* (grupos para-policiales del Sur de los EE.UU.) para apalea huelguistas. Aprovechando la ocasión para debilitar la base del movimiento separatista en los EE.UU., Salamanca envió un barco de guerra para ayudar a transportar huelguistas. A finales de Noviembre ya habían llegado a Cuba unos 2.000 trabajadores procedentes del Cayo. Paralelamente, los fabricantes de La Habana declararon un *lock out* general después de una huelga en una fábrica. Salamanca enseguida percibió que el *lock out* en La Habana ponía en peligro su esfuerzo por debilitar el movimiento separatista, por lo que decretó el cierre inme-

25. Dos estudios que tratan con detalle el bandolerismo en la Cuba de fines del XIX son Louis A. Pérez Jr., *Lords of the Mountain: Social Banditry and Peasant Protest in Cuba, 1878-1918* (Pittsburgh: Pittsburgh University Press, 1989), y Rosalie Schwartz, *Lawless Liberators: Political Banditry and Cuban Independence* (Durham and London: Duke University Press, 1989).

diato de la UFT, a la vez que alarmado por la propagación del socialismo colectivista, ordenó el cierre de la Alianza, el *Círculo*, y *El Productor*. Esta decisión dejó perplejos tanto a fabricantes como a trabajadores. Tal como había calculado Salamanca, el fin del *lock out* en La Habana ayudó a que los trabajadores del Cayo ganasen la huelga-*lock out*, ya que se reiniciaron las colectas de dinero en los talleres de tabaco de la isla en apoyo de los obreros del Cayo.

La suspensión del *Círculo*, *El Productor* y la Alianza abrió los ojos de todos aquellos trabajadores que habían soñado que Salamanca pondría fin a muchos de los abusos del colonialismo español. Las acciones de Salamanca iniciaron un período represivo incluso antes de que los conservadores se hiciesen con el gobierno de Madrid a mediados de 1890. Pero este giro político no era sólo cosa de Salamanca. Fue en esta época que algunos diputados liberales empezaron a hablar de que hacía falta dar el derecho de voto a todos los Voluntarios. De aprobarse esta medida, el Partido Español se aseguraba el control de la política cubana, aunque aumentase el número de electores gracias a la ley de sufragio universal para la Península que estaba a punto de promulgarse.

Después de la repentina muerte del general Salamanca a inicios de 1890, el movimiento obrero experimentó unos meses de respiro. A pesar de que la Alianza quedó cerrada para siempre, el *Círculo* reabrió sus puertas y *El Productor* salió de nuevo, lo que permitió promover manifestaciones como la celebración del primer «1^º de Mayo» en Cuba. Esta vez, más de 3.000 manifestantes recorrieron las principales calles y plazas de La Habana. La conmemoración acabó con un gran mitin en un teatro-circo donde hablaron los principales líderes anarquistas. Al mismo tiempo, un número creciente de sindicatos empezaron a declararse en huelga con el objetivo de desencadenar una huelga general, pero era temporada baja en la industria del tabaco, y los trabajadores tabacaleros no pudieron lanzarse mayoritariamente a la huelga. Al cabo de unos cuantos días, las últimas huelgas quedaron extinguidas.

El intento de huelga general desató una nueva ola represiva que ya no cesó hasta el fin del dominio español en Cuba. El *Círculo* a duras penas consiguió reabrir, mientras que *El Productor* empezó a decaer. Es interesante observar como las primeras manifestaciones explícitas de separatismo dentro del movimiento obrero surgieron al mismo tiempo que se incrementaba la represión contra éste. Por ejemplo, a comienzos de 1890, un impresor anarquista escribía que, «El obrero, jamás debe olvidar su patria, porque ese amor es innato a todo ser racional»²⁶. Además de insinuaciones como ésta, la prensa obrera denunció que los peninsulares disfrutaban de «todos los derechos históricos de la conquista y colonización»²⁷. Pocos días después, una editorial de *El Productor* manifestaba más claramente que hacía falta acabar con el autoritarismo colonial español: «Ningún pueblo que tenga la menor conciencia de su personalidad, puede consentir la permanencia a su frente de tirano alguno, y se ha visto con frecuencia [...] amotinarse los pueblos»²⁸.

26. M.V.M., «Sepamos ser libres», *E.P.H.* (9-II-1890), p. 1.

27. «Nuestra doctrina en Cuba», *E.P.H.* (15-XII-1889), p. 1.

28. «Los tiranos», *E.P.H.* (2-I-1890), p. 1.

Finalmente, el popular líder anarquista Enrique Creci manifestó que para ser socialista, no hacía falta dejar de reconocer «la justicia que tienen los pueblos para emanciparse de injuriosas tutelas»²⁹. Por primera vez también, *El Productor* informó explícitamente de las actividades de un líder separatista. Durante su visita a La Habana, Antonio Maceo, un general «mambi», mulato y de origen humilde, visitó varias asociaciones afrocubanas, entre ellas La Bella Unión Habanera, una asociación muy vinculada al Círculo. Con este gesto, Maceo demostraba que estaba dispuesto a tratar con el movimiento obrero, lo que motivó que *El Productor* lo invitara a unirse a él: «Aconsejamos al General que estudie nuestra situación [...] y si se convence de que tenemos razón, venga a nuestro campo, desde el cual su genio luchador podrá hacer mucho más en pro del pueblo explotado y tiranizado que desde ningún otro»³⁰.

Por si no hubiese quedado suficientemente claro que ya bajo el gobierno liberal se estaba yendo hacia una política colonial reaccionaria, en el verano de 1890 Cánovas del Castillo retomó la presidencia del Consejo de Ministros e inmediatamente nombró a Camilo Polavieja y del Castillo capitán general de Cuba. Polavieja era un ejemplo perfecto de general autoritario y brutal que desdeñaba la ley. Tal y como él mismo manifestó: «Mientras la bandera de España esté en Cuba en mis manos, la sostendré con firmeza, diga lo que quiera el Tribunal Supremo de Justicia»³¹. Tan pronto llegó, Polavieja expulsó a Maceo de la isla y reprimió duramente a republicanos, autonomistas, «izquierdistas», y naturalmente al movimiento obrero. Según él, en Cuba sólo debía haber un partido, «El Partido Español», es decir la UC pero sin los «izquierdistas».

El tándem Cánovas-Polavieja eliminó de golpe la posibilidad de asimilar Cuba a la Península, sin embargo, el viejo modelo colonial que ellos querían restablecer había quedado desmantelado en las dos décadas previas. Por otro lado, al crear una insatisfacción general, incluso entre buena parte del sector pro-español de la sociedad cubana, Cánovas y Polavieja allanaron el terreno a los separatistas más que ninguna de las expediciones filibusteras de los años 1880. La dureza con que trataron a los autonomistas llevó al PLC al «retraimiento», lo que significaba que era muy posible un acercamiento a los separatistas, algo que el mismo Polavieja reconoció enseguida³². Además, la política arancelaria proteccionista de Cánovas dio nuevas alas al Movimiento Económico iniciado en 1884 con la Junta Magna, el cual consiguió unir a «izquierdistas», autonomistas y republicanos como nunca³³. Incluso el movimiento obrero liderado por anarquistas dio apoyo tácito al Movimiento Económico³⁴. La religión y la educación eran dos obsesiones más del general Pola-

29. Carta de Enrique Creci, a *E.P.H.* (23-I-1890), p. 2.

30. Nota publicada en *E.P.H.* (3-VI-1890), p. 4.

31. Carta personal al ministro de Ultramar, 30-I-1892, vol. II, pp. 7-8, leg. 11, Diversos, Archivo General de Indias, Sevilla (AGI).

32. Revista decenal de Polavieja al ministro de Ultramar, 20-I-1891, vol. II, nº 16, pp. 90-109, leg. 12, Diversos, AGI.

33. Sobre los orígenes del Movimiento Económico véase más arriba la nota 21.

34. «La cuestión actual», *El Productor* (La Habana-Guanabacoa) (25-VIII-1892), p. 1.

vieja, también conocido por el apodo de «El General Cristiano». Su catolicismo fanático lo llevaron a perseguir el protestantismo y la masonería, así como a suspender el programa de doctorado de la Universidad de La Habana. En referencia al bandolerismo, un problema muy grave en Occidente, dio mano libre a las fuerzas armadas para matar bandidos y aterrorizar campesinos. Entre otras acciones, hizo asesinar a un grupo de bandidos en el puerto de La Habana, a los que había prometido que los dejaría salir de la isla a cambio de entregarse³⁵. Por último, Polavieja trató el sistema judicial como su feudo.

El nombramiento de Polavieja fue un mal augurio para el movimiento obrero. La tensión aumentó en octubre cuando los cocheros de La Habana —casi todos ellos peninsulares y Voluntarios de tendencias anarquizantes— iniciaron una huelga con la intención de hacerla general. Al cabo de poco tiempo, todo el sector del transporte urbano estaba en huelga, lo que frenó mucho la actividad económica de la ciudad. En el momento que el ramo del tabaco empezaba a unirse a la huelga, Polavieja cerró el *Círculo* y *El Productor*, y trató de poner fin a la huelga a través de un jurado mixto. Fue entonces que hubieron brotes de violencia, explosiones de bombas, y el líder de la Unión Obrera, el sindicato amarillo fundado en 1888, fue asesinado a puñaladas. Alarmado por los hechos, Polavieja telegrafió a Madrid solicitando autorización para transferir Voluntarios al ejército regular, ya que entre estos había muchos que eran socialistas y temía que hiciesen servir las armas que tenían en casa. Después de tratar el asunto con Cánovas, el ministro de Ultramar telegrafió a Polavieja que lo que solicitaba era ilegal, pero añadió: «El Gobierno [...] deja a [...] V.E. emplee medios que circunstancias aconsejen adoptar»³⁶. Polavieja sabía que la respuesta de Madrid significaba que se le daba libertad para tomar cualquier medida. Por consiguiente, al igual que había hecho como capitán general de Andalucía a inicios de los años 1880, Polavieja movilizó al ejército regular para romper la huelga³⁷. Ayudó al logro de su objetivo, la crisis de la industria del tabaco a raíz de la entrada en vigor del arancel McKinley en los EE.UU., que redujo drásticamente las exportaciones de tabaco manufacturado cubano y dejó sin trabajo a un creciente número de trabajadores en la isla.

En un intento de hundir definitivamente al movimiento obrero, Polavieja desató la persecución de radicales bajo la acusación de pertenecer a una asociación secreta. Este método lo había puesto en uso repetidas veces en su carrera represiva. En 1880, cuando era gobernador de Oriente, se atribuyó el descubrimiento de la conspiración de una tal Liga Antillana, que según él pretendía acabar a la vez con el dominio español y el de los blancos en Cuba. Asimismo, durante su mandato como capitán general de Andalucía se produjo el arresto de gran número de trabajadores en la provincia de Cádiz acusados de pertenecer a una sociedad secreta.

35. Sobre este hecho, véase Schwartz, en *Lawless...*, p. 185.

36. «Sobre quintos que sirven en Voluntarios», exp. 5, leg. 10, Diversos, AGI. Revista Decenal de Polavieja al ministro de Ultramar, nº 6, 20-X-1891 [sic 1890], vol. I, pp. 90-107, leg. 12, Diversos, AGI.

37. Sobre el papel que tuvo Polavieja en el uso de tropa para romper una huelga de jornaleros andaluces en 1883, véase Clara E. Lida, «Del reparto agrario a la huelga anarquista de 1883,» en *El Movimiento obrero en la Historia de Cádiz* (Cádiz: Diputación Provincial, 1988), pp. 143-53.

ta llamada La Mano Negra³⁸. No es sorprendente, por tanto, que como capitán general de Cuba, la policía «descubriese» otra sociedad secreta, la Cámara de Sangre. Esta sociedad se suponía creada para torturar y matar a cualquier persona opuesta a seguir una convocatoria de huelga, como era el caso del líder de Unión Obrera asesinado en aquellos días. El «hallazgo» sirvió a Polavieja para arrestar a los líderes anarquistas más populares y hacerlos juzgar por un tribunal especial. Los arrestos fueron tan irregulares que incluso el gobernador provincial de La Habana y el jefe de policía expresaron dudas sobre la culpabilidad de los acusados.

Arbitrariedades como ésta sirvieron al Movimiento Económico para tratar de incorporar a sus filas el movimiento obrero proporcionando los abogados defensores de los líderes anarquistas arrestados. Los abogados en cuestión eran prestigiosas figuras como Rafael Montoro, un autonomista, o Francisco Cerra, un «izquierdista». Por su parte, los arrestados solicitaron ayuda al diputado autonomista Rafael María de Labra en Madrid a través de Juan Gualberto Gómez³⁹, un intelectual y líder del movimiento separatista y del movimiento societario afro cubano. Paralelamente, se organizó un comité de ayuda que recogió gran cantidad de dinero para pagar la defensa, la manutención de los arrestados en la sala de preferencia de la prisión de La Habana, y el sustento de sus familias. Como ya se preveía, los acusados ganaron el juicio. Cuando fueron liberados, el anarquismo cubano mostró una vez más que hacía las cosas a su manera al convocar una manifestación de agradecimiento al equipo de abogados defensores. Más de 6.000 manifestantes recorrieron las calles de La Habana, y tanto los abogados defensores como los anarquistas recién liberados pronunciaron discursos en la sede del Círculo de Abogados. Manifestaciones como ésta dejaban perplejos a grupos anarquistas de la metrópoli tales como el que editaba *El Productor* de Barcelona.

El congreso obrero de 1892

Aunque la fuerte represión redujo a la mitad el número de huelgas en la región de La Habana, Polavieja no pudo evitar que su número aumentara ligeramente en otras provincias. Además, instituciones semejantes al Círculo de Trabajadores continuaron proliferando en poblaciones de toda la isla, lo que permitió que la propaganda anarquista siguiera en ascenso. La celebración del «1º de Mayo» de 1891 sirvió de nuevo para que el capitán general y los sindicatos midiesen sus fuerzas. Las prohibiciones no permitieron celebrar manifestaciones callejeras, pero sí un mitin en La Habana en el que participaron delegaciones de todas las poblaciones importantes excepto las de Oriente. En el mitin se acordó celebrar un congreso

38. Clara E. Lida, «Agrarian Anarchism in Andalusia. Documents on the Mano Negra», *International Review of Social History*, nº 3 (1969), pp. 315-52.

39. Carta de Juan Gualberto Gómez, La Habana, a Rafael María de Labra, Madrid, 30-XI-1890, Archivo Labra, Madrid. (Agradezco a Luis Miguel García Mora el que me enviara una copia de este documento).

obrero «regional» en enero de 1892 para debatir temas como la creciente presencia femenina en el mundo laboral, o las divisiones étnicas y de raza dentro del sector popular. Indirectamente, quedó claro que el congreso también trataría el tema del autoritarismo colonial. Para propagandizar el congreso, en los meses siguientes al mitin del «1º de Mayo», los líderes del Círculo realizaron giras por el occidente cubano, y fomentaron la aparición de nuevas publicaciones obreras tales como *El Clarín*, *El Socialismo*, *Hijos del Mundo*, la tercera época de *El Productor*, etc.

Al mismo tiempo, siguiendo la línea iniciada por el movimiento obrero de la isla, a finales de 1890, los trabajadores cubanos en los EE.UU. iniciaron una aproximación al ala izquierda del movimiento separatista que lideraba José Martí. Esta apertura del movimiento obrero permitió a Martí conseguir un amplio apoyo popular a su programa separatista. Los trabajadores emigrados sabían que sin la Alianza Obrera en Cuba no podían ganar otra huelga como la del Cayo en 1889, mientras que el tándem Cánovas-Polavieja cerraba la vía del reformismo colonial. A finales de 1891, algunos líderes obreros de Tampa, estrechamente vinculados a la gente del Círculo de Trabajadores de La Habana, consideraron que era el momento adecuado para invitar a Martí a exponer públicamente su programa. Procedente de Nueva York, Martí habló en Tampa de una Cuba independiente «de todos y para el bien de todos», es decir, una Cuba donde no habría grandes diferencias de clase, y en donde no se tendría en cuenta la raza de la gente.

El populismo de Martí fue acogido efusivamente por los trabajadores emigrados y, un par de días después de su llegada, se aprobaron unas resoluciones que servirían para establecer el Partido Revolucionario Cubano (PRC) meses más tarde. A finales de año, Martí viajó al Cayo donde repitió el éxito de Tampa. Los líderes separatistas de la población aceptaron los acuerdos de Tampa y redactaron las bases del futuro PRC. Tres meses más tarde, los clubes separatistas en los EE.UU. fundaron formalmente el PRC, del que Martí fue delegado electo desde el primer momento. El hecho de que el populismo martiano proclamase la incorporación al separatismo de tantos grupos sociales como fuese posible, sugiere que el movimiento separatista buscaba atraer no sólo al movimiento obrero de los emigrados cubanos en EE.UU., sino también al existente en la isla. Martí mismo manifestó que la propaganda que se hacía en los EE.UU. era para hacer público lo que no se podía decir en Cuba. Sin embargo, el movimiento separatista nunca manifestó abiertamente pretensiones de influir en el congreso obrero que estaba a punto de celebrarse en La Habana, seguramente para evitar que las autoridades coloniales lo prohibiesen.

Los debates del congreso obrero en La Habana muestran el impacto del giro hacia el separatismo de las organizaciones obreras cubanas en los EE.UU. Durante cinco noches, del 15 al 19 de enero de 1892, 70 representantes de 38 asociaciones obreras del occidente cubano y una audiencia de unos 1.500 hombres se reunió en el centro Gallego de La Habana. Pese a que Polavieja nunca autorizó delegaciones obreras de los cubanos en los EE.UU., la existencia de fuertes vínculos entre los dos movimientos obreros permite afirmar que varios líderes del Círculo actuaron de representantes *de facto* de los obreros emigrados. Las sesiones del congreso fueron presididas por gente de razas diferentes y procedentes de diver-

esos puntos de la isla. En las dos primeras sesiones se decidió que era un objetivo prioritario para los trabajadores urbanos y rurales conseguir la jornada de ocho horas, y que para lograrlo lo más eficaz era la huelga general. El congreso dedicó la tercera sesión a debatir el tipo de organización idónea. En contra de lo que proponían los líderes del Círculo, de que se siguiese el modelo de la Organización Anarquista de la Región Española (OARE) establecida desde hacía unos años en la metrópoli, el congreso decidió que hacía falta establecer una organización parecida a la FTRE.

El hecho de que el congreso aprobase esta resolución pese a que el anarquismo cubano sabía perfectamente que ya hacía cuatro años que la FTRE no existía, muestra que los trabajadores cubanos no adoptaban sistemáticamente las tendencias del movimiento obrero metropolitano. Posiblemente, una causa que llevó al obrerismo cubano a continuar dando apoyo a una organización tipo FTRE, es que una red de grupos anarquistas del tipo de la OARE habría alejado demasiado al movimiento obrero del separatista, en un momento en que este último se mostraba receptivo a las demandas obreras. En cambio, una especie de federación obrera liderada por anarquistas permitía unas relaciones más flexibles con las otras fuerzas políticas, el separatismo incluido. De hecho, era una estrategia que, a través de la JCA y el Círculo, ya había producido buenos resultados.

En la última sesión del congreso se expresó claramente la aproximación obrera al separatismo. Esa noche, Eduardo González Bobés, un anarquista peninsular y miembro del cuerpo de Voluntarios, divagó sobre los ideales del anarquismo. De repente, antes de que el delegado de la policía encargado de vigilar el mitin tuviese tiempo de reaccionar, los líderes del Círculo y algunos delegados de fuera de La Habana presentaron una propuesta que fue aprobada rápidamente. La propuesta declaraba que, aunque sólo una revolución social de signo colectivista podía «emancipar la clase trabajadora», la propagación del anarquismo colectivista entre «la masa trabajadora de Cuba» no podía

ser un nuevo obstáculo para el triunfo de las aspiraciones de emancipación de este pueblo, por cuanto sería absurdo que el hombre que aspira a su libertad individual se opusiera a la libertad colectiva de un pueblo, aunque la libertad a que ese pueblo aspire sea esa libertad relativa que consiste en emanciparse de la tutela de otro pueblo⁴⁰.

Tal como era de esperar, las autoridades coloniales prohibieron el congreso inmediatamente, y ordenaron el arresto de los delegados que hicieron la propuesta.

La fórmula que adoptó el congreso sobre la relación que se iba a establecer entre el movimiento obrero y el separatista, permitía que los trabajadores se uniesen individualmente al movimiento separatista, pero sin romper su vinculación con el movimiento obrero. Además, esta fórmula era una llamada a los trabajadores no-separatistas, es decir a la gran mayoría de peninsulares, a no hacer oposición al separatismo. El resultado fue que a partir de entonces, un número creciente de participantes en el movimiento obrero se unieron al movimiento separatista. La

40. «Congreso obrero», *La Lucha* (20-I-1892).

intensificación de la represión a raíz de otro intento de huelga general para el «1º de Mayo» de 1892 aceleró este proceso. En esta ocasión, la administración colonial cerró permanentemente varios sindicatos, arrestó a muchos líderes obreros, y amenazó con la deportación de cerca de 500 trabajadores a la isla de Pinos.

Este incremento de la represión llevó a líderes obreros como Enrique Messonier a emigrar a los EE.UU. para unirse al PRC. Por otro lado, la crisis económica generada por el arancel McKinley forzó a miles de trabajadores a salir hacia los EE.UU., en donde muchos de ellos se incorporaron al PRC. El efecto combinado de la represión y la emigración fue que el número de clubes obreros del PRC creció extraordinariamente. Por ejemplo, Carlos Baliño, un líder del movimiento obrero de la emigración, y Joaquín Izaguirre, un líder anarquista del Círculo, fundaron el Club Enrique Roig en Tampa. José de Castro Palomino, el corresponsal de *El Productor* en el Cayo, fundó el Club Fermín Salvochea en honor al líder anarquista gaditano. Además, Antonio González Acosta, uno de los líderes más significados de la Alianza, se convirtió en el editor de *El Proletario*, un periódico separatista y obrero publicado en el Cayo que estuvo en contacto con *El Productor* de La Habana, *El Despertar* de Nueva York, y con *Patria*, órgano oficial del PRC.

Conclusión

Las luchas obreras de finales de los años 1880 y comienzos de los años 1890 permitieron que el movimiento obrero advirtiese los límites del reformismo colonial español. Las reformas que siguieron a la abolición de la esclavitud facilitaron el desarrollo del movimiento obrero, pero a partir de 1889 la administración restringió cada vez más la actividad sindical. Pese al aumento de la represión, el movimiento obrero de signo anarquista continuó mostrando gran capacidad de movilización durante un tiempo. El sindicalismo radical siguió creciendo entre trabajadores que no eran del ramo del tabaco, y en poblaciones fuera de La Habana. Sin embargo, con la subida al poder del tándem Cánovas-Polavieja, el sector popular perdió toda esperanza en el reformismo colonial. En estas circunstancias, se intensificaron los sentimientos anticoloniales entre los trabajadores, lo que propició la apertura del movimiento obrero al ala izquierda del movimiento separatista.

La creciente fuerza del movimiento obrero cubano empujó a líderes como José Martí o Juan Gualberto Gómez a desarrollar su discurso populista y revolucionario. Este discurso incorporó muchos de los objetivos por los que el movimiento obrero luchaba desde hacía años, e invitó al sector popular a participar en la construcción de un estado cubano independiente. Con el giro de España hacia una política colonial reaccionaria, los intelectuales separatistas lograron incorporar un amplio sector de las clases populares al movimiento separatista. El hecho de que el movimiento obrero de finales de los años 1880 consiguiese superar la fuerte segregación racial y étnica anterior a la abolición, permitió que las clases populares acogiesen favorablemente el anti-racismo y el populismo del separatismo martiano. Fue gracias a este apoyo obrero que Martí fue elegido delegado del PRC, cargo desde el cual coordinó el levantamiento de 1895.

Además, las luchas obreras de los años 1880 y comienzos de los años 1890 ayudaron al movimiento separatista desde otro ángulo. La propaganda anarquista en favor de la solidaridad de clase y en contra del nacionalismo mitigaron seriamente la voluntad de los españoles de clase baja de sostener el *statu quo* colonial. A pesar de que la mayoría de peninsulares siguieron manteniéndose distantes del separatismo, en los años 1890 no se observa ya la virulencia anti-separatista que había existido en el movimiento obrero liderado por peninsulares durante la Guerra de los Diez Años. Por el contrario, en los años 1890 un número mucho mayor de peninsulares se unió al separatismo.